

era como un cuerpo sin cabeza. El nido sinavecillas, el hogar sin habitantes, el pueblo sin pobladores, el trono sin rey, el ara sin ídolos, no aparecen tan tristes como una familia sin su soberano, sin su juez, sin su legislador, sin su Dios. El natural austero y sobrio de Veturia se desmintió en esta ocasión suprema. Su olímpica serenidad se trastocó en terror trágico. Aquellos ojos secos, cual si fueran de una estatua, llovieron mares de lágrimas. Retorció sus brazos, golpeó su frente, partió en quejidos su pecho, enronqueció con sollozos su garganta, y de no retenerla su religión profundísima y su respeto á las leyes domésticas, muriera en violento y horrible suicidio. Había criado aquel hijo para la dominación y lo encontraba en el destierro. Le había inspirado todos los alientos que impelen á la victoria, y le veía roto por la turbamulta de viles y vocingleros plebeyos. Tarquino violó á la esposa casta, y el pueblo hería con mayor injusticia y crueldad á una madre amante. Los espasmos de ésta, sus excesos de lenguaje, sus estremecimientos de dolor, sus invocaciones á los manes de los patricios muertos, sus deseos de venganza inmediata, lejos de consolar y de calmar al herido, le abrían todas sus llagas, derramando en su exacerbación y en su cruor plomo derretido. Quizás Volumnia, la esposa, experimentara otros

afectos más tiernos y más dulces que hubieran podido sugerir en el ánimo aquel tan fuerte y varonil antes y después de su destierro movimientos sujetos á otros móviles y acciones de otra mejor índole. Pero, por una derogación de las leyes, por las costumbres, todas estas matronas romanas dejaban que los códigos concediesen la patria potestad honoraria y espiritual á su esposo y á sus hijos para quedarse con la efectividad ellas, con plenísima efectividad. Veturia era el verdadero poder y autoridad en aquella familia, el numen de sus inspiraciones, el sacerdocio viviente de sus prácticas religiosas, el poder eterno, la legislación y la jurisprudencia encarnadas, la diosa del hogar, en cuya insondable alma desaparecían todas las demás almas de su familia como desaparecen las gotas de lluvia en el Océano inmenso é insondable: que así lo dispuso el cariño supersticioso de Coriolano á su madre, sólo comparable con el amor que había profesado desde la niñez á su clase nobiliaria y á su divina stirpe.

He aquí la idea capital, por Veturia inspirada con tenacidad á su hijo, en el proceso de una educación, la cual prestóle como una segunda naturaleza, muy superior á la nativa, con su idea de clase y stirpe. Se necesita ver ó tratar cualquiera de los reyes reinantes sobre los pueblos modernos para

comprender el espíritu y carácter de Coriolano, cayendo desde sus supersticiones patricias en los senos alterados de la clase popular. Para un rey del viejo régimen los pueblos aparecen como rebaños suscritos en su heredad secular, regio patrimonio suyo, hacienda, y de ningún modo nación. Así no tiene inconveniente un rey de derecho divino en llamar contra su pueblo sublevado á los demás reyes, como un propietario llama los vecinos á voces cuando se le quema la propiedad. Carlos I llamó á los franceses, y Luis XVI llamó á los alemanes contra sus propios pueblos y patrias. Una traición de tal género sólo se comprende y explica por sofisterías de una falsa superstición alimentada con los errores de otra falsa cultura. En la sede misma donde se asienta la personificación altísima de nuestra moral religiosa, un sacerdocio secular y augusto sostiene hoy que Roma no pertenece á los romanos, pertenece á todo el mundo católico, y, por lo mismo, el mundo católico debe intervenir con las armas y someterle con fuerza y con violencia sus vasallos al papa. En el ánimo de Veturia no cupo la idea de una Roma compuesta por patricios y plebeyos, como resultante de ambas fuerzas y como espíritu superior donde se sintetizaban estas dos ideas opuestas. Para una matrona romana Roma sólo pertenecía realmente á los patricios etruscosa-

binos, que la fundaran y dirigieran en los primeros tiempos, bajo forma de monarquía, hasta los tiempos del severo Bruto, y bajo la forma de república desde los tiempos de Bruto hasta su tiempo. Esta idea se arraiga más en las mujeres todavía que en los hombres por su mayor consustancialidad con el hogar, con las costumbres imperantes en el hogar y en la familia. Un patricio aun veía los plebeyos en el Foro y los trataba en las mil competencias de política y de guerra, engendrando el trato alguna consideración ó algún cariño; pero á Veturia le olían mal los plebeyos entrevistados desde los santuarios de su casa oliente á mirra é incienso. Por consiguiente, un plebeyo era, en su concepto y en su estimación, poco menos que un volsco, enemigo, y enemigo sujeto al Pomerio por la mano rigorosísima de sus padres. Y con esta idea unía Veturia, no solamente la suerte de su hogar, donde penates, lares, muertos, ya lo hemos dicho, iluminados por lámparas y por oraciones constituían parte de su propio sér personal, sino también la suerte de su patria, de aquella Roma patricia, que á los nobles había confiado los augurios de sus cielos clarísimos, los auspicios de su liturgia santa, las fórmulas de su jurisprudencia tradicional, el asiento primero en las curias y senados, el generalato en los ejércitos, la dignidad superior del sacerdocio y del pontifica-

do, privilegios múltiples que revestían para ella carne y hueso en la persona de su amado hijo, candidato vencido, general desterrado. ¡Cuán amargas palabras no saldrían de sus labios, viéndose la infeliz en ese abandono y soledad de los viejos, más triste que la orfandad de los niños, pues llegan aquéllos, en las transformaciones del tiempo, á creerse, por una inversión de términos muy lógica y muy natural, sobre todo en la constitución romana, hijos de sus hijos.

Partióse Coriolano, y partióse al caer las sombras. Más pagado ciertamente de la idea de raza y familia que de la idea de patria, costaríale mucho desarraigarse del hogar y huirse al espacio bendito señalado por estas cuatro sacras piedras, el ara de sus dioses penates, el sepulcro de sus ilustres abuelos, el pedrusco donde la perdurable doméstica lumbre centellea y el otro pedrusco llamado término que sella y consagra la individual y familiar propiedad. Fuera de esto, amor primero de su corazón, como que sólo guardaba culto para su estirpe aristocrática, poco sentiría de una Roma, donde radicaban el Monte Sacro de los plebeyos, el Aventino por cuyas cumbres se agarraban las populares tormentas, el Foro de los comicios alterados y de las tribus rebeldes. Tales sitios debían provocar en este hombre de guerra civil una serie

de maldiciones sin cuento y sin medida, incapaz de comprender, en su estrecho espíritu de hogar egoísta, cómo el pueblo romano era también su familia, y cómo la Ciudad Eterna también su casa, y que sin una y otro, ni él tuviera nombre, ni sus abuelos gloria, ni sus hijos vida, ni su madre autoridad, pues las grandes instituciones sociales se animan á un espíritu, en el cual entran, como los elementos constitutivos de tierra, y aire, y agua, todos los ciudadanos. El plebeyo era su enemigo, y la Roma de los plebeyos sólo debía merecer un acento de cólera y una maldición de proscrito al descastadísimo ciudadano, á quien su clase y su familia le parecían toda su ciudad, toda su patria, toda su nación, si un término como este, cuyo concepto ha cambiado tanto por influjo de los siglos, puede á tan apartados tiempos y á tan duras gentes aplicarse. Lo que despertaría emociones vivas en aquel soldado de hierro, tan propio para el culto de los que le transmitieran la noble lanza quiritaria, sería el templo donde se guardaban los auspicios y se decían los augurios; el cuadrado aquel erigido para las observaciones celestes reveladoras de lo futuro; el Dios que miraba con atención litúrgica inalterable al ocaso; el templo hacia el Oriente dirigido como cuna del sol y del rito; la cela y el pronaos de aquel santuario capitolino elevado por los Pu-

blicolas, sus congéneres, á los dioses patricios y puesto allí como el casco de oro en la cabeza del general triunfador; los plintos y chapiteles, los triglifos del majestuoso laberinto de columnas, entre cuyos fustes había pasado tantas veces con los senadores; la Roma del Palatino cerrada por los viejos muros ciclópeos, no sólo al enemigo extraña, también extraña de suyo á los propios plebeyos. En aquel espíritu aristócrata, para el culto de las supersticiones aristocráticas hecho por la naturaleza y por la costumbre y por la historia, sólo cabían dos pasiones, la pasión de su raza y la pasión de su madre. Para él madre no quería decir solamente sér amado, á quien el propio sér se debe, quería decir más, quería decir pureza de sangre y carne, fianza de una descendencia legítima desde los tiempos más remotos por provenir de abuelas, todas ellas dignas de figurar junto á la misma Lucrecia. Tales vestas sacrosantas de un hogar y castísimas fiadoras de una familia, cuyas tradiciones, ritos, costumbres, dignidades, privilegios, mezclándose con tantas cosas hieráticas y sagradas, constituían una religión verdadera y daban á todos los patricios los dobles caracteres sacerdotales y guerreros que les servían para ser fuertes en el Pretorio, imperiosos en el Senado, inspiradísimos en el templo, pero que no le presta-

ban las aptitudes necesarias para un ministerio mucho más sencillo, pero mucho más glorioso, para el ministerio y el cargo de verdaderos ciudadanos. El patricio debió sentir un dolor, al separarse del Palatino, tan intenso como su odio al otro monte, al monte de los plebeyos, al tormentoso Aventino.

En las puertas de la ciudad le dejaron todos los patricios, que habían ido solemnemente á despedirlo, no sólo por cariño á la persona de Coriolano, por horror á las injusticias y á las crueldades del pueblo. Separóse de su lado el héroe con la contenida pena correspondiente á su heroísmo, y sólo permitió que le acompañaran algunos individuos preferidos de su numerosa clientela. Una sola noche se detuvo en las cercanías meditando sobre sus resoluciones supremas. Y tras largo insomnio sacudió de su manto el polvo de la ciudad y se propuso proceder en lo futuro cual si no tuviese patria. He ahí el pecado eterno de las aristocracias. En su orgullo no pueden alcanzar la comunidad de nación y patria con aquellos á quienes juzgan indignos aun de descalzarles las sandalias. En el seno de la patria común se confunden las clases como en el seno de la muerte común se confunden las almas. Y cual procuran por mausoleos y panteones huir á la igualdad del sepulcro eterno, pro-

curan también por blasones y palacios y recuerdos privilegiados huir á la igualdad del suelo patrio. Y luégo les acontece lo que aconteció á la nobleza territorial de Polonia, lo que aconteció á la nobleza militar de Hungría, lo que aconteció á la nobleza mercantil de Venecia, cerrarse por tal modo á la idea de una común igualdad entre todos los ciudadanos que concluyen á la postre perdiendo la patria de todos. El orgullo de clase oscureció en tales términos la conciencia del patricio que perpetró un verdadero crimen de lesa patria como los que acaban por cometer todas las aristocracias en su orgullo desde los nobles parientes de Coriolano hasta los señores feudales de Polonia. Los romanos, por quienes combatiera, se convirtieron en enemigos suyos; y los volscos, contra quienes combatiera, en amigos, á virtud y por obra de una pasión tan exaltada y extrema como la venganza. Quedaron sus compatriotas fuera del corazón y dentro los enemigos de su patria. Este cambio de sentimiento muestra que sólo había querido al pueblo romano para someterlo, y sólo había peleado con los volscos, y á los volscos vencido, para que tales combates y victorias le sirvieran á su dominación sobre Roma. No pensaba el cuitado que una parte del odio á la patria suya provocado por los volscos lo había él en persona promovido. ¡Y

se aprovechaba de sus victorias propias para convertirlas en combustibles que abrasaran y consumieran el sepulcro de sus progenitores, el hogar de sus hijos, el templo de sus dioses! La naturaleza bien artificiosa y arbitraria, sobrepuesta por la educación al hombre natural é ingenuo, en cosa ninguna se conoce como en estos juicios equivocados, cuya imposición avasalla con su imperio hasta la misma conciencia y ahoga sus resonantes voces. La patricia Veturia quizás no adivinó dónde iba su hijo, no obstante deber temerlo todo de su natural fuerte y altivo. Pero si llegó á temerlo debió reconvenirse á sí misma por no haber hecho de aquel descendiente de los Marcios un romano, por haber hecho un patricio. Y como patricio creía deberlo todo á su clase y estirpe, á quien todo lo sacrificaba, no deber, en cambio, nada, ni á su pueblo, ni á su patria, contra quienes suscitaba criminalmente á los volscos.

Así como escogió al pueblo más enemigo de Roma para sobre su recinto lanzarlo, también escogió para moverlo en su pro y por su empresa increíble al mayor de sus enemigos personales. Era éste un ciudadano de Ancio, con el nombre de Tulo conocido en todas aquellas comarcas. Odiaba Tulo á Roma por ciudad rival de su ciudad, y á Coriolano por haber con él reñido combates singulares en el

estruendo y en los incidentes de varias guerras entre ambos pueblos. Deslizóse á la hora de los crepúsculos por aquellos campos, donde aun humeaba la sangre con que los abrevó en sus batallas continuas y cruentísimas. Gran peligro corría, y por eso deslizábase allí como una sombra, temeroso de perder la vida, no por los goces que aun pudiera guardarle, por el malogro y frustración de su venganza. Como había vivido por los romanos hasta entonces, proponíase vivir contra los romanos desde entonces. Anochecía en la ignorante Ancio, cuando entraba con pasos parecidos al silencioso aleteo de los murciélagos y en guisa de una sombra llegada desde un mundo á otro mundo. Entró al hogar, preguntó por el dueño, y, como tardase en venir, por hallarse cenando, asentóse allí en una piedra, y se puso la mano sobre la cabeza y el manto sobre la mano, á fin de no traslucir en el rostro la pena del alma. Llegado Tulo preguntó á Coriolano quién era, pues en circunstancias supremas y en casos extrañísimos de la vida un hecho inesperado por tal manera confunde todas las nociones, que no puede uno dar crédito ni á su conciencia ni á sus ojos. Coriolano le contó sus cuitas y le dijo cómo la ingratitud é injusticia de la gente plebeya obligábale á buscar asilo donde debía encontrar muerte y á huir como un criminal de

quienes le dieran vida. Y se vendió y entregó á su propio enemigo. Éste bendijo la coyuntura que se ofrecía en aquel momento á los volscos de dominar á los romanos. La enemiga existente hoy entre naciones como Alemania y Francia, entre razas como la raza germánica y la eslavona, existía entonces entre pueblos comarcanos y vecinos como Ancio y Roma. Por consiguiente, los de Ancio debían recibir como dicha increíble para ellos la traición que sin esperarlo se les entraba por las puertas. Un banquete siguió al ofrecimiento. Y al banquete siguió un pacto. En él ganaban mucho los volscos, pues nadie podía conocer tanto las brechas de Roma como quien había erigido los muros. A mayor abundamiento las discordias civiles pululaban dentro de la Ciudad Eterna fomentadas por los mismos deplorables actos que iban siguiendo á la proscripción de Coriolano. Los más terribles presagios descendían del cielo y encrespaban las almas. Estos presagios servían para perturbarlo todo más, porque, merced á ellos, los dioses descendían de sus altares y se mezclaban á las cóleras y á las enemigas entre los hombres. Sueño que pasaba por la mente de los devotos obtenía interpretaciones varias, á cual más disparatada, pero también más propia para mantener y exacerbar la universal discordia, extendida desde las cumbres del cielo don-

de habitaban los númenes romanos, comprometidos en el civil conflicto, hasta las más recónditas entrañas del corazón de los plebeyos, cada día más airados.

¡Parece imposible! Coriolano, en su furor nativo, no solamente se desvivía por la venganza cruel, sino por la celeridad en esta venganza. Y había un obstáculo á estas impacencias. Los volscos y los romanos tenían pactada entre sí una tregua. Y para interrumpirla se necesitaba un pretexto con que cohonestar tamaña derogación á las relaciones intercomarcales fundadas en consuetudinarias jurisprudencias. Bien pronto dió el motivo buscado la incurable amargura extendida sobre Roma por las discordias y las competencias entre romanos. Daban fiestas, á cuyos reclamos y atractivos acudía la gente vecina cuando reinaba paz con Roma, ora por contratos definitivos, ora por treguas transitorias. Estaban en una de las mayores y asistían á ellas muchos volscos enamorados de la grandeza y esplendor que adquiriría la ya soberbia ciudad de las siete colinas, ornada con templos maravillosos dignos de aquellas piadosísimas festividades. Pues bien, cuando más enfrascados estaban en los regocijos y contentamientos naturales á diversiones y recreos, reciben una orden echándolos de Roma por infieles al pacto y tregua, medida muy

odiosa, deplorable, no tanto por la incomodidad que les daba como por los agravios que les infería. En tal situación salieron jurando una guerra próxima. Con felicísima frase dice Plutarco cómo los romanos respondieron que si eran los volscos los primeros en tomar las armas, ellos serían los últimos en deponerlas. Tomáronlas, en efecto. Y, al tomarlas, pusieron á Tulo donde le correspondía por tradición y por derecho, en cabeza de todos como su general más experto. Llamó Tulo á Coriolano, y el pueblo todo le perdonó las antiguas iras, por lo útil que le resultaba su airada traición ahora. Presentóse Coriolano, y la torpeza que mostrara en su palabra defendiéndose oralmente de los plebeyos romanos, trocóse ahora en la elocuencia de una energía y una elegancia incomparables acusando á los plebeyos romanos también oralmente. Aplaudieron á todo aplaudir los volscos, tanto más cuanto que sabían cómo se relacionaba la lengua larga del general con su también larguísima espada, y cómo los actos no podían quedarse aquende las palabras. Efectivamente, Coriolano se nos aparece á los que por amplios espacios de la historia hemos corrido como un esbozo anticipado de los caballeros feudales; y cuando el Estado, á quien pertenecía ó servía, no le daba todas las fuerzas oficiales y en regla por él pedidas, sin desconcertarse por tal